

HERNÁNDEZ CASTILLO, AÍDA Y ROBLEDO
SILVESTRE, CAROLINA (EDS.) (2020). *NADIE
DETIENE AL AMOR. HHISTORIAS DE VIDA DE
FAMILIARES DE PERSONAS DESAPARECIDAS EN EL
NORTE DE SINALOA. CIUDAD DE MÉXICO: UNAM.*

Natalia De Marinis
CIESAS, Golfo
ORCID: 0000-0002-1616-5016

“Una madre que no es una, ni diez ni cien/son muchas y somos todas/ellas buscan/y buscas/y buscamos/entre bosques, en abrazos y en llanto/caminan firmes marcando paso”. Este es un fragmento del poema escrito por Daniela, aliada e integrante de la Colectiva Editorial Hermanas en la Sombra, formada por mujeres que se encuentran en prisión en el Cereso Morelos en Atlacholoaya. Antes de que se publique este libro, ellas leyeron los testimonios de Las Rastreadoras y les dedicaron poemas y cartas, publicados al final de cada historia. Daniela escribió este poema luego de leer el testimonio de Reyna, quien busca a su hijo, su “gordito” Jean Paul, desaparecido el 9 de febrero de 2016. Entre muchos sucesos que marcan las injusticias sufridas por su familia, Reyna nos cuenta que cuando Jean Paul tenía 17 años, la policía lo había levantado y regresó “casi loco”. 19 mujeres y un hombre comparten sus historias en este libro; 20 personas que se multiplican por muchas más, por cientos, por miles, porque los testimonios siempre son relacionales. Se colectivizan en tanto son enunciados, resuenan en otras historias, despiertan silencios, nos integran y se multiplican

cuando nos volvemos audiencia y testigos. Allí radica su potencia política en la construcción de memoria colectiva y para la búsqueda de justicia y no repetición.

Estar frente a un libro de esta naturaleza no es fácil, no se puede leer ni reseñar como cualquier otro. Comparto las palabras de María Elena quien desde la cárcel escribe: “La leí lentamente, imaginando cada momento que viviste, cada imagen que describes, tratando de masticar la noche porque en este infierno lo más terrible son sus noches, donde entra la zozobra de preguntarnos ¿dónde estarán nuestros hijos?, ¿qué estarán haciendo?”. Es inevitable no hacer pausas entre cada historia y entre cada momento de cada una, no ir y venir entre sus historias y las ilustraciones que dan rostro a los momentos desgarradores que nos comparten. Es ineludible quedarse largos ratos observando sus miradas, sus facciones, para intentar descubrir de dónde nace tanta fuerza.

El libro, a la vez que está conformado por un conjunto de testimonios, es un testimonio en sí mismo. Atestigua los encuentros y el trabajo compartido entre las mujeres, la familia y la comunidad que se creó entre Las Rastreadoras y entre ellas y otras personas aliadas de sus localidades y más allá, como lo son los lazos con académicas como Carolina Robledo Silvestre y Aída Hernández Castillo, quienes documentaron estos testimonios como parte del acompañamiento y los talleres que llevaron a cabo desde el Grupo de Investigación en Antropología Social y Forense (GIASF). El libro a su vez da cuenta de la comunidad político-afectiva que trasciende muros y que conecta desde el dolor y la indignación compartida a Las Rastreadoras con las mujeres en prisión del Cereso de Morelos, integrantes de la Colectiva Hermanas en la Sombra.

El libro es testimonio de un tiempo y una geografía donde ocurren las desapariciones que abruptamente transformaron sus vidas y que, al mismo tiempo, están ligadas con una acumulación de múltiples violencias. Los testimonios nos trasladan a Sinaloa, una geografía de la poco conocemos en este país tan centralizado y nos narran sobre un tiempo particular en el que, como se advierte en la introducción, “las vidas comenzaron a verse trastocadas por la

violencia” (p. XV). Las editoras nos introducen a esta región agreste, principalmente agrícola, cuya cabecera urbana es Los Mochis. Nos sitúan en los momentos históricos que cruzan las vidas de familias mestizas y yoremes quienes, habiendo vivido el recrudecimiento de la pobreza desde la década de los noventa, comenzaron a sufrir los estragos de la violencia causada por la presencia de grupos armados y el consumo de droga que acaba lentamente con la vida de jóvenes que forjan sus trayectorias en un contexto sin oportunidades.

2009 es el año que Guadalupe recuerda como el inicio de la pesadilla. Marcó a su familia con la desaparición de su sobrino y los escenarios con “encobijados”- personas asesinadas envueltas en cobijas- que aparecían a las orillas de los caminos. Unos años después, el 11 de mayo de 2012, la policía se llevaría a su hijo Christian Omar. El consumo de drogas entre los jóvenes también generó graves consecuencias a su salud, llegando incluso al suicidio. Muchas de las historias nos relatan cómo sus hijos e hijas comenzaban a enloquecer, y con ello se les iba de las manos las posibilidades de hacer algo. Amanda nos cuenta, por ejemplo, cómo Tacho, su hijo a quien busca desde el 26 de marzo de 2016 enloqueció por las drogas y, aunque hicieron lo posible para cuidarlo, los efectos de la adicción fueron aplastantes. La hermana Estela narra el trágico desenlace de tres de sus hijos, dos de ellos se suicidaron y el tercero, Raúl, fue desaparecido el 21 de octubre de 2013. Aún lo busca.

El escenario en que se da la desaparición de las y los jóvenes, marcado por el comienzo de la circulación de drogas, el reclutamiento para el trabajo forzado y los levantones por las propias fuerzas de seguridad se monta sobre un *continuum* de violencias sobre cuerpos y territorios. Muchos testimonios hablan de la pobreza, de los despojos territoriales y la discriminación. Don Paz, hombre yoreme quien buscó a su nieto Kalucha por varios meses hasta que finalmente lo encontró flotando en un río el 12 de julio de 2017, nos comparte cómo la desaparición de su nieto se inscribe en una larga historia de despojo territorial que ha sufrido históricamente este pueblo indígena.

En la introducción se plantea cómo la violencia ha afectado de manera diferenciada a aquellas personas que se ubican en los entrecruzamientos de múltiples formas de discriminación por su pertenencia étnica, la condición de pobreza, el género, entre otras. Las desapariciones recientes reactivan violencias pasadas y los recuerdos se concatenan y sacuden el silencio en el que descansaban. Aparecen otros asesinatos e historias que se quedaron “así nomás”, como nos dice Rosario quien busca a su esposo Chayo, policía local desaparecido el 8 de enero de 2013 y a quien encontraron dos años después, en Monterrey. A su hermano también lo habían asesinado por equivocación. Nunca supieron que pasó. A la acumulación de violencias se agrega una acumulación de impunidad orquestada en territorios disputados, no sólo por el tráfico de drogas, sino también por sus recursos. Mimi nos cuenta, cómo su esposo Rigo, un hombre pescador, se enfrentó a la construcción de una planta de amoníaco. Desapareció el 6 de noviembre de 2016 y, entre un mar de confusiones y sospechas, esta línea nunca ha sido explorada.

Las historias nos van narrando cómo la corrupción entre las fuerzas públicas y los grupos criminales generaron un escenario de impunidad en donde asesinar y desaparecer es posible porque nada ocurre. Hubo testigos, pero nadie vio nada, no se encuentran pistas por ningún lado, nadie habla porque hay mucho miedo. Liz, la mamá de Zumiko, una joven desaparecida el 9 de febrero de 2016, habló ese día con ella por teléfono. Le dijo, agitada, que los policías la estaban corriendo. Esa fue la última vez que habló con ella. Algo similar ocurrió con Felicitas cuando fue a buscar a su hijo Juan Carlos, quien había sido detenido, pero no había ningún reporte. “¿Por que no les fincaron cargos y les hicieron pagar por su delito, si es que había alguno?” (p. 8), se pregunta Felicitas y una puede imaginar el tono de impotencia e indignación que hay en esa pregunta que puede resultar obvia, pero no en este contexto. Juan Carlos fue encontrado por Las Rastreadoras el 31 de agosto de 2016, junto con los restos de otras tres personas. Felicitas fue notificada por la Fiscalía de los resultados del ADN ocho meses después.

El marido de Ofelia, Candelario, también fue encontrado por las Rastreadoras en unas fosas clandestinas en Los Virreyes. Candelario había desaparecido el 29 de octubre de 2017 cuando se encontraba en la casa de un conocido, en una colonia donde esa misma noche militares hicieron un rondín. Ambos desaparecieron. Ofelia nos cuenta cómo en la sierra el cultivo de marihuana había sido común, sin que eso significara que la gente se volviera rica. El cultivo formó parte por décadas de una forma de supervivencia, hasta que, a fines de los noventa “empezó a ser controlado por grupos que venían de afuera, y como podían comprar todas las cosechas podían también controlar la vida de los pueblos” (p.127). La historia de Ester nos habla de estas historias de las que poco se sabe. Cuando tenía apenas 15 años y una hija recién nacida, trabajaban en la cosecha en la sierra de Chihuahua. Vivían junto con su primer esposo en un cuarto pequeño en medio de un escenario de terror e incertidumbre. Nos cuenta que “vivir en medio de la sierra con el ejército siempre acechando era vivir con miedo” (p. 171). Años después, conoció a su esposo Vladimir con quien tuvo otra hija. Vladimir desapareció el 13 de septiembre de 2013.

Frente a discursos criminalizadores que han permitido el silencio y la apatía porque “en algo andarían”, estos relatos nos invitan a revertir sus efectos. Varias nos comparten cómo creían que esto les pasaba a “los malos”, hasta que te toca. Hilda, quien busca a su hijo Alfonso desde el 13 de septiembre de 2011, nos cuenta que ella fue de esas personas que creían que esto no les podría pasar, “Esta experiencia tan dura me ha ensañado a no juzgar, a entender que en este país a cualquiera nos pueden desaparecer, estamos en medio de una tormenta” (p.15). Sus historias develan cómo la criminalización no sólo tiene efectos en el accionar policial y la apatía de la sociedad, sino también en todo el proceso que encararon para la búsqueda de justicia. Las mujeres nos relatan que las autoridades desconfiaban de ellas porque creían que ocultaban información. “A lo mejor usted sabe algo y no nos quiere decir” (p. 85), le dijeron los del Ministerio Público a Sorayma quien encontró a su esposo Guillermo en una búsqueda casi un año después de su

desaparición. Similar es lo que comparte Berthila cuando interpuso la denuncia por la desaparición de su hija Alejandra y le dijeron que quizás se había ido con el novio, que esperara. Cuando no aparecía y Berthila había hecho nuevas averiguaciones, le dijeron que, por su propia seguridad, mejor no lo mencionara con nadie.

Las historias nos narran sobre un momento en el que la vida se suspende y todo se vuelca al buscar. Buscar donde sea: hospitales, casas de seguridad, golpear puertas de personas peligrosas, enfrentar a la policía, consultar chamanes, removerlo todo. Aún corriendo riesgos, comenzaron sus propios procesos de investigación, porque sabían desde el primer momento que pusieron la denuncia que nadie más los buscaría. Yaya, quien busca a su hijo Román desde el 4 de abril del 2014, comenzó a espiar a personas sospechosas según le indicaron testigos, también recorrió canales, ríos, caminos, sembradíos, pero no logró encontrarlos. Todo lo recabado lo dijo en el Ministerio Público, pero no investigaron nada. “Nunca lo sabré”, sentencia otra mujer, Rosario, quien desde el primer momento buscó a su hijo Jasiel por todos lados, sin ningún apoyo de quienes se supone cuentan con la capacidad y los medios para hacerlo. Siempre tiene encendida una vela para que lo guíe en el regreso a casa. Nora le escribe palabras de aliento desde la prisión de Altacholoaya: “Sana la herida que la flecha dejó. No te olvides que de ti emana el amor para el pequeño Luis Ángel, tienes una familia/llena de amor tu hogar”.

Buscando se encontraron con otras madres y familiares que también buscaban. Las Rastreadoras fueron un punto de reunión y todas narran cómo su encuentro les puso en el camino la posibilidad de encontrar sus cuerpos. Ese nuevo momento significó hacerse la idea de que quizás no se encontrarían con vida, algo “difícil de aceptar”, como nos cuenta Manqui en su testimonio, quien busca a su hijo Juan Francisco, de 33 años, desaparecido el 19 de junio de 2015. Manqui se unió a Las Rastreadoras porque en ellas encontró refugio y fuerzas para seguir buscando. Y comenzó también a remover la tierra. Cito un fragmento del poema que Aída le escribe a Manqui: “Quienes hicieron tanto jamás/imaginaron las

fuerzas de las madres que movieron todo:/ las plantas, las piedras, la tierra, las conciencias”.

En ese remover recuperaron, hasta la fecha que se publicó el libro, a cinco de las 23 personas desaparecidas entre 2011 y 2017. Los cinco fueron encontrados muertos. En algunos casos, sólo recuperaron fragmentos de ellos. Mirna encontró a su hijo Roberto el 14 de julio de 2017, en un cerro en Ocolome, El Fuerte. Desde que llegó al lugar lo pudo sentir. Nos comparte que sintió su esencia: “buscaron como nunca hasta que logramos reunir todos los restos que estaban dispersos por el cerro [...] Encontré a mi hijo en pedacitos” (p. 205). Descubrieron que la violencia más perversa también se había apoderado de Sinaloa donde, a diferencia de otros lugares del país, al menos los cuerpos se habían encontrado enteros. Las fosas se volvieron testimonio de las transformaciones de la violencia y junto con esos descubrimientos el haberse encontrado fortalecía una idea de justicia todavía más amplia. Ya no trataba sólo de buscar a sus hijos, sino de buscarlos a todos. Liliana, quien busca a su esposo, cuñado y a su hijo Osvil, desaparecido el 4 de marzo de 2016, nos cuenta que se la pasaba encerrada, comiéndose las uñas y arrancándose los pellejitos pensando dónde lo podría encontrar, hasta que encontró lo que ella define como su mejor terapia, el grupo de Las Rastreadoras. A partir de ese encuentro que le salvó la vida, todos se convirtieron en sus hijos y los buscan a todos. “Tu dolor no ha sido en balde, /tu búsqueda se ha convertido en cientos de búsquedas, /tu causa lleva el signo de la justicia verdadera”, escribe Marina de la Colectiva Hermanas en la Sombra.

En ese buscar y luchar se pone en juego el futuro. Buscan también que nunca más ocurra lo que vivieron, aunque todos los testimonios dan cuenta que la violencia no cesa y los estragos de esta siguen acechando. Entre otras historias, la de Adela comparte la devastación que ve en sus nietos luego de la desaparición de su hijo, César Armando, el 20 de noviembre de 2012. Su temor es que ellos corran con la misma suerte, porque desde hace un tiempo comenzaron a consumir drogas. “El futuro es una palabra rota/ aún así, ella vuela”, le escribe Denise a Adela.

En ese buscar se encontraron como hermanas y formaron una familia que sostiene y que sana no sólo los efectos de estos sucesos que transformaron sus vidas, sino la acumulación de violencias de las que nos vuelven testigos en cada uno de sus relatos. La mayoría de sus historias están marcadas por la violencia de género, el abandono, la discriminación, la impunidad, situaciones compartidas por las mujeres en prisión que se ven reflejadas en sus testimonios y que narran en cartas a Las Rastreadoras cómo también ellas han sido objeto de múltiples injusticias. Ana Yancy, en su carta a Berthila, le comparte las violencias que ha vivido por su orientación sexual; Esther, en su carta a Adela, escribe sobre el dolor por haber sido ambas víctimas de la violencia policial; María Luisa le cuenta a Felicitas que fue torturada y violada por policías; la carta que Dulce le escribe a Oralia menciona que el monstruo del que habla en su historia sigue aún con más fuerza y le pide, por favor, que nunca se rinda; Rosa, en sus letras para Ofelia, le comparte que son muchas quienes han vivido injusticias, pero que denunciarlas con la palabra y la escritura es una forma de luchar; Esperanza le agradece a Ester su testimonio, porque le da fuerzas para no rendirse ella tampoco. Zuzuki Lee, desde la prisión, les escribe: “ustedes lloran por su ausencia/ yo porque quizás pueda volver de mi prolongado exilio”.

Los testimonios permiten conformar lo que en la introducción las editoras de este libro plantean como las comunidades del dolor, que son también comunidades de esperanza. Por encima del dolor y el miedo, las historias se encuentran en la acción por encontrarlos y una lucha que volvió ese dolor individual, compartido inicialmente en el seno de los hogares, en una lucha común que alivianó el peso de la incertidumbre y la culpabilización. La fuerza se multiplicó en otras. Emelia, desde la prisión, les escribe que muchas veces siente que sus fuerzas no pueden más y que cuando leyó que existían las Rastreadoras “que con el corazón hecho pedazos y el alma destrozada no desmayan por encontrar a un pedazo de su vida, mi corazón se conectó con ellas y con su lucha”.

Este libro es una muestra clara de la potencia del testimonio cuando circula. Involucra a otras personas de muchas maneras

y esa comunidad del dolor y la esperanza se hace más grande. Crea diálogos sobre pasados y presentes compartidos, rompiendo muros y distancias. Elena lo transmite en su poema “Tejedoras de Sororidad”, del que cito un fragmento: “Me sumerjo en el dolor de un /diálogo que atraviesa muros, /perfora la distancia para instalarse/ muy cerca del núcleo/ que nos hermana instintivamente”. Este libro es a la vez un testimonio de aquello que hemos pensado en otros espacios acerca de que estas comunidades, que son de dolor, afectivas y también políticas, generan tejidos incluso más allá del tiempo en el que los testimonios fueron dados. Estamos frente a un libro indispensable para la lucha por la verdad y la justicia, no sólo en esta región de Sinaloa, sino en muchas, en todas; no sólo para el presente, sino también para el futuro. Sólo resta agradecerles por la valentía de haberlo creado y por permitirnos conocer un poco de este amor que nada ni nadie detiene.

“Con valor
enfrentando a todos
van unidas
nadie detiene al amor”.

Mari Cruz Uribe.

Fragmento del poema “Nadie Detiene al amor”: 87

